

R. Claro. La cultura no es la guinda del pastel. Creo que ese es el gran error de Marx, que dijo cosas esenciales, pero se equivocó cuando dijo que la estructura es la economía y que lo cultural es una superestructura; no, no es cierto, la cultura está en la base. Si uno estudia a Descartes, Pascal, Hugo, Baudelaire, hay cosas que ya no hará porque ni siquiera las pensará. La tolerancia está en la lengua. Y el sectarismo también se refleja en ella. La lengua es aquello a través de lo cual se articula el pensamiento; no es neutra. Pensar es explotar los recursos de la lengua. En Francia ha habido mucha demagogia y se ve en la pobreza del discurso. En el debate televisivo entre Marine Le Pen y Macron se vio la diferencia. Lo que ella decía eran tonterías, pero además su lenguaje era pobre, vulgar, y eso lo vieron los franceses.

P. ¿Considera que ese es uno de los motivos por los que ganó Macron?

R. Sí, fue fundamental. El pueblo no es tan tonto. La demagogia tiene su rendimiento, pero se agota pronto. Se ha visto en el caso de Trump.

P. El candidato del Partido Socialista, Benoît Hamon, le citaba a usted y a su idea de las "transformaciones silenciosas". ¿Cómo explica usted la crisis de la izquierda en Europa?

R. Creo que la izquierda europea debe mutar. Todavía se agarra al mito de la revolución. Y la revolución es imposible hoy día, no tiene ningún sentido. Debe pensar en las transformaciones silenciosas, lo importante es cambiar las cosas, de modo efectivo. La izquierda no se ha vuelto pragmática, se ha vuelto cínica: habla de igualdad y por debajo hace todo lo contrario. Ha tenido tantos casos de corrupción como la derecha en Francia, y pagará cara su inmoralidad política cubierta de igualdad ficticia. Me cuesta hablar de su país, pero me parece que a la izquierda española le pasa lo mismo. Y a la italiana.

P. ¿Cómo debería repensarse la izquierda?

R. Creo que hay un pensamiento en torno al común. No es un común de asimilación en el que todo el mundo debe llevar el mismo sombrero, sino un común intensivo que no es comunitarismo.

P. Asistimos a un cambio en el equilibrio geopolítico con la ascensión de China. Usted que conoce esa tradición milenaria, ¿cómo cree que puede cambiar el mundo por ese influjo, por esa nueva posición de China?

R. Ya está en una posición hegemónica. Pero no sabemos leer el imperialismo chino porque lo leemos a la occidental, a la romana: llegamos, desembarcamos, colonizamos, exterminamos y después hacemos carreteras, abrimos colegios... China no hace eso. No juega al ajedrez, juega al Go. No es de ataque frontal, de eliminar al otro vaciando el tablero; es de empezar desde el vacío, poner una piedra aquí, otra allá... China tiene un proyecto imperialista: compra el aeropuerto de Toulouse, el puerto de Atenas... Juega en su damero. La cuestión es de qué va a ser portadora. Es fácil ser segundo: ser primero es complicado: hay que arriesgar, inventar. China ahora es rica, gloriosa. Para movilizar a la gente, al ser un régimen autoritario, recurre al motor del nacionalismo. La cuestión es: ¿podrá reactivar unos recursos, frente a la influencia occidental, que no sean de pacotilla o de vitrina?



El arte de la polémica

El ensayista alemán Walter Benjamin reflexiona sobre el 'yo' en la literatura en este texto inédito en castellano

POR WALTER BENJAMIN

Habría que acostumbrar a los escritores a considerar la palabra yo como su reserva de viveres. Así como los soldados no pueden tocar la suya antes de que pasen 30 días, tampoco los escritores deberían desenterrar el yo antes de tener cumplida la treintena (1). Cuanto más temprano recurren a él, peor entienden su oficio. Aunque hay excepciones. Las excepciones son los grandes polemistas. Su yo es un trabajo de construcción. Está plantado de manera transparente y prismática y cada reacción en ellos queda sometida a leyes morales tan exactas como las leyes sobre ángulos de refracción.

En la actualidad, el representante europeo más grande de este tipo es, como se sabe, Karl Kraus (2). En aras de la claridad mencionemos a Shaw, para saber con toda exactitud cómo no hemos de imaginarnos a este tipo social. No sé si Paul Léautaud tiene un nombre fuera de París.

Fuera de Francia no lo tiene. Sería un bonito tema mostrar por qué la gran sátira solo puede desarrollarse en círculos de influencia acotados y a partir de pequeños pretextos, cómo Viena constituye el fuerte de Kraus y París el de Léautaud, y cómo ambos saben desplegar su brío en cosas menores y en su función de críticos teatrales.

Tampoco puede pasarse por alto que el gran satírico, más aún que el gran escritor en general, está siempre muy cerca de la parte técnica de su *métier*. Kraus edita su propia revista y Léautaud, durante los años en que se encargó de la crítica teatral para el *Mercur de France*, fue empleado de esa editorial. La postura soberana de estos críticos necesita algo de esto como condición previa. Solo alguien que por su personalidad y su capacidad ocupe un puesto específico en una gran empresa literaria podía permitirse una crítica a una dudosa noche teatral de solo tres líneas, en una ponencia de varias páginas, con el fin de ganar espacio...

¿Para qué? Para todo lo que se le ocurriera en ese momento al autor. Seguro que hay gente que entiende más de dramaturgia que Léautaud, y aquí y allí (aunque no precisamente en la prensa) expertos más competentes para dirigir. Podemos incluso afirmar que es posible ver el arte desde otro sitio que el de un racionalismo que por supuesto se manifiesta en Léautaud infinitamente más profundo que la mística de Claudel, a quien él (¿y quién más si no?) puso en evidencia. Pero jamás hubo un crítico que haya sabido darle una forma tan asombrosa y verdadera al procedimiento mismo de la crítica. Ese es el extraordinario arte de este hombre. Para alcanzar ese objetivo tuvo que exponerse sin límites, hablando sobre sus enemigos y sus amigos, sus vecinos en el teatro y en casa, sus animales y sus escritos, sus convicciones políticas y

El escritor Paul Léautaud intenta entrar en la Academia ante un inspector que no le reconoce, en junio de 1953. ALBUM RUE DES ARCHIVES / BRIDGEMAN IMAGES

sus rencores, sus pasiones y sus parientes. Para cualquier lector de este libro resulta casi una obviedad que este hombre es un ardoroso misántropo y tipo raro, inaccesible desde siempre, que se va relegando más y más a su relación con los gatos y los perros que encuentra en la calle y adopta.

También en eso se corresponde por completo con el retrato clásico de los grandes satíricos. Solo un hombre muy solitario puede colocar su yo de manera tan fresca e insobornable en medio del ámbito de lo objetivo, iluminándolo tan decididamente con sus ocurrencias más relampagueantes. Este hombre sintió en carne propia el teatro de boulevard de Flers et Caillavet, de Bernstein y de Porto-Riche como si fuera una plaga, algo tan inhumano como las plagas de mosquitos o de langostas; su lucha contra ello tiene toda la superioridad y la resignación que puede tener la lucha contra unos bichos, pero también el impacto de una comedia consciente y sabia.

(1) Leemos en la *Crónica de Berlín*: "Si escribo en mejor alemán que la mayoría de los autores de mi generación, se lo debo en buena parte a haber atendido durante 20 años a una única y pequeña regla. Reza: nunca usar la palabra 'yo'; a excepción de las cartas" [N. de la E.]

(2) La admiración y el interés de Benjamin por el polemista vienés Karl Kraus queda atestigüada en varias partes de su obra, y en especial en el ensayo que le dedicó en 1931. El historiador y filólogo Gershom Scholem recuerda en *Historia de una amistad* [sobre su amistad con Benjamin]: "En nuestra época de Suiza leíamos con bastante regularidad *'Die Fackel'* (*La Antorcha*), de Karl Kraus. Ya no recuerdo cuándo comenzó Benjamin a interesarse por Kraus; creo que fue alrededor de 1916, bajo la influencia del ilimitado entusiasmo que Werner Kraft profesaba hacia él. Fue sobre todo en 1919 cuando mantuvimos diversas conversaciones acerca de Kraus y su prosa. Más tarde nos fascinó su parodia de [Franz] Werfel, con su escarnio de los excesos del expresionismo en la época revolucionaria. Cuando, durante una conversación acerca de la República de los Consejos de Múnich, le comenté a Benjamin los esfuerzos que esta había emprendido para reformar la prensa bajo la advocación de las ideas de Karl Kraus, me contestó: 'Para eso sería preferible el propio Karl Kraus, cuya única divisa era: *Écrivez l'infâme*'. [N. de la E.]

Este texto forma parte del libro *'La tarea del crítico'*, que reúne ensayos de Benjamin no publicados antes en España y que Eterna Cadencia edita el 24 de octubre.

Traducción de Ariel Magnus.

